

URGENCIAS Y PRIORIDADES DEL TEATRO DE FIN DE SIGLO

ALEJANDRO QUINTANA

Director teatral

Chileno residente en Alemania

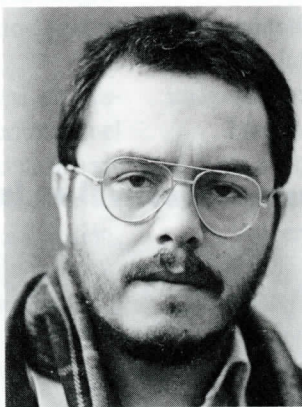
Al plantearme ante el tema **Identidad y diferenciación del teatro en el fin de siglo**, me encontraba sumido en actividades teatrales en la ciudad de Berlín, lugar en el cual durante los últimos años se han producido profundos e inesperados cambios. Cambios de sistemas, términos de sistemas, países que se esfuman, cambios de formas de vida, cambios de identidad a toda marcha, persecución de identidades.

Ahí, en esa ciudad, epicentro de conmociones profundas en cuanto a identidad, fue justamente ese concepto el que quedó trabajando en mi sentir y pensar.

IDENTIDAD - CAMBIO - PERDIDA - ENRIQUECIMIENTO

Noté que me era difícil pensar en teatro. Dificultades muy concretas me acosaban: el resurgimiento violento del neo-nazismo juvenil (fenómeno no solamente alemán), el asesinato de trabajadores africanos, las razias contra los vietnamitas, la transformación de ex izquierdistas en ambiciosos guardianes de la sociedad de libre mercado.

La pérdida, de identidad humana y la pérdi-



da de la vida misma (planeta), es mi gran preocupación, es mi tema. De ahí que haya tomado como formulación para mi exposición el artificioso título de **Urgencias y prioridades del teatro de fin de siglo**; destaco que se trata de **mis urgencias y prioridades** y que se expresan primeramente fuera de la escena.

Considero urgente desarrollar un sentido de responsabilidad para con la vida, urgente la búsqueda de

una nueva ética que se exprese realmente en la relación entre los hombres y los entienda como parte de la naturaleza, como convivientes y no como esclavizadores de ella.

Es urgente evidenciar la necesidad de transformaciones, cambios a corto, mediano y largo plazo y éstos no secuenciados sino simultáneamente.

Es urgente establecer una verdadera justicia social, **es prioritario** la defensa de la vida del planeta. Esto no es retórica, sino una realidad indiscutible.

Estos anhelos y temores conforman el motor de mi actividad teatral. Quizás para algunos esto sea un planteamiento antiguo, pero considero que el teatro puede y debe jugar un rol activo en esto, en la creación y desarrollo de un nuevo sentido de responsabilidad para con la naturaleza,

concretamente el hombre y su dignidad, y con la vida de nuestra casa común, la única que tenemos.

Es urgente y prioritario provocar impulsos vitales humanizantes, sensibilizar, crear anhelos de vida diferente, hacer ver que la vida es algo más que una Feria de Consumo de productos desechables, evidenciar la encrucijada en la que nos encontramos. Poner en tela de juicio caminos andados ya por otros y que sólo conducen a la infelicidad.

Me interesa el carácter subversivo de la armonía y de la ternura. Son palabras exóticas, lejanas, se ven poco y es lo que tendríamos que lograr (en lo social y personal). Nuestro corto camino recorrido es sin duda mejor al anterior pero, **¿es superior? ¿conduce a la vida o a la muerte?**

Creo que es **urgente** estimular el espíritu crítico contra el funcionalismo, pragmatismo de nuestro tiempo que desvaloriza la dignidad personal.

El teatro de fin de siglo tiene una gran responsabilidad: **la de luchar contra la gran dictadura que hemos construido a nivel mundial.** Esa máquina deformante que nos convierte en bestia de consumo, que nos uniforma hasta en lo más íntimo de nuestra subjetividad y nos llena el alma de un sentido de impotencia.

Recientemente trabajé con la obra de Brecht **El alma buena de Sechuan:** Shen Te, figura protagonista, expresa esta inquietud en el momento en que decide negar su identidad para poder subsistir en estos tiempos:

En este país el hombre útil necesita suerte.

Sólo con influencias logrará demostrar que sirve para algo.

Los buenos no pueden ayudarse a sí mismos y los dioses son impotentes.

Mi teatro pretende ser el de la ternura, el de

la vida que aún no existe. No me interesa el teatro de fotos o radiografía de la barbarie. Pienso que la representación de aquella, aun en los momentos más logrados, no sobrepasa a la realidad cotidiana.

Estoy por un teatro que promueva el arte de vivir entre los hombres y no su imposibilidad. Un teatro que no adormezca, que haga palpar fuertemente el corazón, que irrigue la parte del cerebro donde germinan los pensamientos críticos. Mi posición teatral no pretende en primer término renovar las formas, sino ayudar a reformar la vida; estimo que si se está conectado a los problemas del existir, las formas nos buscan, nos encuentran.

Para decirlo en términos pedagógicos, más me interesa el **qué, por qué, para qué, con quién, cuándo.**

El **cómo** se cristaliza en el quehacer colectivo, sin desconocer la posición estética necesaria para que todo hecho artístico comience.

(Esto es más bien una polémica con el quehacer teatral en Berlín, donde muchos creadores después de la caída —derrumbe— desaparición del modelo socialista alemán, se han lanzado en una búsqueda formal exagerada, perdiendo de vista, ojalá momentáneamente, los nuevos problemas sociales surgidos de dicho cambio).

Estimo que el creador teatral de fin de siglo, además del placer personal que su actividad le brinda, debe afianzar su sentido de responsabilidad.

Somos narradores de historias de hombres para hombres. Los pesares, la ira, los sueños de muchos y los nuestros propios se cristalizan en nuestro quehacer.

Sé que la función primera del teatro es la de deleitar. Nada se comunica si en escena no se produce el milagro, lo mágico, en suma, el hecho artístico.